



SALUDO Y EXHORTACIÓN PASTORAL
del Obispo de la Diócesis de Jaén
Mons. Ramón del Hoyo López

LLAMADOS, COMO SAN PABLO, A EVANGELIZAR

Con motivo del XXI Encuentro con las
COFRADÍAS Y HERMANDADES DIOCESANAS

Jaén 23 de Noviembre de 2008

SALUDO Y EXHORTACIÓN PASTORAL
Con motivo del XXXI Encuentro con las
COFRADÍAS Y HERMANDADES
De la Diócesis de Jaén

Curso 2008- 2009

LLAMADOS COMO SAN PABLO A EVANGELIZAR

Introducción

El contexto socio-cultural del momento presente en nuestra Diócesis de Jaén debe interpelarnos a todos. Estoy convencido de que **es la hora** para invocar juntos, con fe renovada, la fuerza del Espíritu Santo para unir y desplegar nuestras múltiples y ricas posibilidades en favor de la evangelización.

Debemos recobrar el entusiasmo de **crecer en comunión**, como nos propone el Plan Diocesano de Pastoral para este curso, para comunicar nuestra fe en el contexto en que se desenvuelven nuestras vidas, como “discípulos” que somos y “enviados” por Jesucristo a evangelizar.

En la Exhortación Apostólica *Pastoris Gregis*, del mes de octubre de 2003, el recordado Pontífice Juan Pablo II pedía a los Obispos que estuviéramos cerca de los grupos y movimientos de apostolado seglar, que *“apoyemos, alentemos y ayudemos a los laicos para que desarrollen el apostolado según su propia índole secular, a partir de la gracia de los sacramentos del bautismo y de la confirmación”*. (n. 51)

Con este propósito me dirijo, un año más, al gran número de **fieles diocesanos asociados en Cofradías, Hermandades y Grupos parroquiales**, con ocasión de la convocatoria anual del día 23 de noviembre en la Solemnidad de “Jesucristo, Rey del Universo”.

I. AQUÍ Y AHORA: EN JAÉN

a) El momento presente en nuestra Iglesia

Cada Iglesia local ha de sentirse depositaria y guardiana de su memoria y protagonista de su futuro, en estrecha comunión con las demás Iglesias.

El Evangelio recibido no es un tesoro sólo para vivirlo y protegerlo en nuestra vida y entorno, sino también para **anunciarlo y transmitirlo** a quienes no lo viven o aún no lo conocen.

Todos los bautizados debemos avivar nuestras conciencias de ser enviados personalmente y como iglesia diocesana, de llevar adelante esta tarea compartida por todos, desde la diversidad de estados y situaciones personales.

La sementera que inició nuestro Patrono San Eufrasio en estas tierras y que continuaron San Bonoso, San Maximiano, San Amador, Santa Potenciana, San Marcos

Criado, San Pedro Pascual, San Juan de la Cruz y San Pedro Poveda, junto a otros hermanos que nos precedieron en la fe, continúa aquí y ahora, por nosotros.

En nuestra sociedad actual y entorno concreto no podemos dar por supuesto el conocimiento y transmisión del Evangelio de Jesucristo. La modernidad ha provocado una separación y una diferenciación innegable entre la comunidad eclesial y la sociedad civil. Nuestra Iglesia local de Jaén no se identifica, como en épocas no tan lejanas, con la población del lugar.

Por todo ello, es urgente para los discípulos de Cristo despertar y acrecentar nuestra vocación misionera y de envío en nuestro contexto más inmediato, para ser testigos ante el mundo de nuestra esperanza, de la verdad y novedad que encierra la fe en nuestras vidas.

No sirve mirar para otro lado o a la pastoral del avestruz, todo lo contrario, la realidad histórica que nos toca vivir debe estimularnos en el coraje profético y no escondernos de nadie. El Plan Pastoral diocesano nos anima a hacerlo, además, **“en comunión y en corresponsabilidad”**, no como francotiradores, como desconocidos, sino unidos y coordinados, remando al unísono en la misma dirección.

b) Despertar progresivo del laicado

En los inicios del tercer milenio que nos toca vivir como discípulos y más en concreto en esta nuestra Iglesia de Jaén, encontramos en todas las comunidades un laicado o grupos de fieles que se “sienten Iglesia” y son cada vez más conscientes de que están llamados a la santidad y al apostolado.

Otros, sin embargo, consideran su bautismo como “asunto privado” que afecta únicamente a su vida individual y a su propia intimidad.

Mientras los primeros tratan de vivir y desarrollar su rica espiritualidad laical y conocen que su tarea específica es construir el Reino de Dios en sus ambientes, ordenar las estructuras temporales conforme al Evangelio de Jesucristo, los segundos suelen esconder su religiosidad ante los demás, como algo vergonzante. Temen actuar como tales y dejan el campo libre a quienes no tienen ningún pudor y hasta hacen gala y alarde de su agnosticismo y ateísmo.

La Iglesia de Jesucristo necesita hoy, como en todas las épocas, testigos vivos del Evangelio, cristianos bien preparados, dinámicos, con sentido apostólico y misionero. Se precisan evangelios vivientes en la enseñanza, en la economía, en las plataformas y medios de comunicación social, en el mundo de la cultura y del pensamiento, en el laboral y sanitario, en la política... en todos los ámbitos de la vida pública. Ahí está su campo para santificarse y evangelizar.

c) En el mundo, sin ser del mundo

Hacia finales del siglo II, un pagano ilustre, conocido con el nombre de Diogneto, preguntó a la comunidad cristiana: ¿Quién es ese Dios y cuál es su Buena Noticia, en la que los cristianos depositan su confianza? ¿Cuál es la propuesta de vosotros, cristianos, para un mundo que no tiene propuestas para todos? ¿Cuál es vuestro proyecto? ¿Cuál es vuestro secreto? Y el autor de esa carta respondió: *“Los cristianos no habitan en ciudades aparte, no se sirven de idioma diverso de los otros... viven en la propia patria, pero como peregrinos... Toda tierra extraña es patria para ellos y toda patria, tierra extraña... los cristianos residen en el mundo, pero no son del mundo... Son ellos los que aseguran el cosmos.”* (Carta de Diogneto, nn. 1-7)

“Asegurar el cosmos” ¿qué quiere decir?

- Comprometernos con la humanidad y nuestro entorno.
- Velar por la vida y su defensa en el mundo.
- Manifestar y presentar al Verbo de Dios, Jesucristo, que se encarnó en María Virgen, y por Ella en la humanidad, para que tengamos vida (cf. Jn 10, 10).
- Abrir horizontes de solidaridad y amor entre los humanos, desde la fuente inagotable del amor divino - trinitario.
- Hacer de nuestras comunidades casas de acogida para todos los pobres y pobrezas.
- Convivir, interceder, consolar, defender a estos hermanos que necesitan de nuestra ayuda como acción preferencial.
- Evangelizar desde bases y postulados llenos de esperanza y no de derrotismo.
- Creer en la semilla que crece y se desarrolla lentamente, con una lógica divina y no humana.
- Creer en el Resucitado y anunciar su Reino, alcanzando a ver su presencia entre las grietas y arrugas que aquejan a los hermanos.
- Esperar con firmeza *“unos cielos nuevos y una tierra nueva”* (Ap 21. 1).

En la última Cena, dijo Jesús a sus discípulos: *“Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero, como no sois del mundo porque yo, al elegiros os he sacado del mundo, por eso os odia el mundo.”* (Jn 15, 19)

II. ICONO DE APÓSTOL Y MISIONERO

a) Conversión de San Pablo

Hace dos mil años nació en Tarso un judío a quien se le denomina, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, Saulo. Aparece en el relato del martirio de Esteban aprobando

aquel asesinato (cf. Hch 7, 58-60) y asolando a la primitiva Iglesia, como perseguidor de los cristianos (cf. Hch 8. 3).

El perseguidor implacable se convertiría en discípulo de Jesús por iniciativa de la gracia divina, por el designio de Dios (cf. Hch 9, 1-15; 22, 1-21; 26, 9-18).

“¿Quién eres, Señor?”, preguntó Saulo y la respuesta directa y desconcertante fue la siguiente: “Yo soy, Jesús, a quien tú persigues” (Hch 9, 5). Vio Saulo, sin duda, en aquel acontecimiento y en aquellas palabras que Jesús se preocupa para salvarle y, al mismo tiempo, descubre la profunda realidad de la Iglesia como Comunidad y Misterio de Comunión entre Cristo y sus discípulos. Pablo persigue a los cristianos y Cristo le pregunta, sin embargo, “¿por qué me persigues?”.

Estos relatos que hace San Lucas en el libro de los Hechos de los Apóstoles coinciden con el testimonio del mismo San Pablo al referirse a su conversión y vocación (cf. 1 Cor 15, 8-10; Gál 1, 13-17; Flp 3, 7-14; 1 Tím 1, 12-17)¹.

b) Su vida fue ya para anunciar a Cristo

Toda la vida de Pablo, después de su conversión, podría resumirse en una sola frase, que él mismo escribió: “Con tal que Cristo sea anunciado” (Flp 1, 18).

Muchos y muy variados fueron los acontecimientos de su vida desde aquel viaje interrumpido por la luz de Dios camino de Damasco, pero todos aparecen orientados y sostenidos por este propósito: comunicar a Cristo.

Su misión fue extremadamente dura si uno lee sus cartas. Sorprende las distancias que cubrió con los medios de entonces y las comunidades que fundó y luego afianzó en tan breve tiempo. Fue constructor de comunión siempre no sólo entre unas y otras comunidades, sino también entre sus miembros y grupos (cf. 1 Cor 12-14) y entre comunidades judías y helenísticas.

c) No se desanimó ante las dificultades

San Pablo encontró en el anuncio del Evangelio muchos obstáculos por parte de la sociedad de su tiempo, por parte de los judíos y también en las propias comunidades. No obstante, llegó a escribir: “no nos desanimamos”.

¿Dónde pudo encontrar razones para mantener viva la esperanza? Y responde, en su segunda carta a los de Corinto, que desde el convencimiento de que Dios y sólo Dios

¹ Es muy recomendable la lectura reposada de estos textos, así como los otros tres arriba citados sobre la conversión de San Pablo, en el libro de los Hechos.

era el protagonista de su ministerio (cf. 2 Cor 14, 1-18). Estaba convencido de que su misión procedía de Cristo y por eso se sintió libre de decisiones humanas. Sabía que ante quien tendría que rendir cuentas sería ante Dios y no ante los hombres. No le preocupaba el éxito, ni agradar a los demás, porque a quien predicaba, escribe, *“no es a nosotros mismos, sino a Jesucristo, el Señor”*. Sí al servicio de los hombres, pero desde el amor de Cristo y por Él.

Profundamente convencido sobre la verdad de la vida futura y de su íntima comunión con Cristo, escribe: *“Por esto no desfallecemos, pues aunque nuestro hombre exterior vaya perdiendo, nuestro hombre interior se renueva cada día. Pues el peso momentáneo y ligero de nuestras penalidades produce, sobre toda medida, un peso eterno de gloria para los que no miramos las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las visibles son temporales, las invisibles eternas.”* (2 Cor 4, 16-18).

d) No se avergonzó del Evangelio

Nos preguntamos ¿dónde puede estar la clave de que el Evangelio pueda avergonzar a algunos, en la época de San Pablo a judíos y griegos, hoy a cristianos?

San Pablo escribe abiertamente a los fieles de Roma: *“Yo no me avergüenzo del Evangelio, que es poder de Dios para la salvación de todo el que cree”* (Rom 1, 16). Esta frase, entendida en todo el contexto de esta Carta y de otros escritos suyos, nos muestra su claridad de ideas y seguridad para ciertamente no avergonzarse del Evangelio de Jesucristo.

Había experimentado en sí mismo un cambio radical en su conversión, desde las tinieblas había encontrado la luz y de perseguidor de Cristo ahora era su discípulo. Su transformación interior no había sido únicamente de orden moral, sino existencial, teológica. Él era otro y su concepción sobre la salvación completamente distinta. Había experimentado y conocido que la salvación es obra de la gracia y que proviene de la muerte de Cristo, no de nuestras obras. Por eso escribe a los Gálatas: *“Si la justicia se obtiene por la ley, entonces Cristo murió inútilmente”* (Gál 2, 21).

La vergüenza para predicar el Evangelio tiene su fuente, por tanto, según San Pablo, en ocultar o atenuar la crudeza de la cruz de Jesucristo. Sin embargo, esta cruz, unida a Triunfo de la Resurrección, serán siempre los puntos luminosos del rostro de Dios: su amor infinito y gratuito por la humanidad.

La salvación no procede del conocimiento, dirá Pablo a los agnósticos, ni de la sabiduría, ni de las obras, repetirá también a los griegos y judaizantes, sino de la cruz de Cristo. De ella procede nuestra salvación.

III. EVANGELIZAR EN COMUNIÓN

a) Discípulos de un único Maestro: Jesucristo

Ser discípulo es en realidad vincularse con una persona, no tanto a nivel teórico con un conjunto de ideas, sino afectiva y vitalmente, hasta el punto de asumir su estilo de vida.

San Pablo utiliza para explicarlo el verbo “**revestirse**” “de Cristo” y también la expresión “del buen olor de Cristo”.

Para ser discípulo de Cristo se necesita, por tanto, de una conversión previa, cambiar de mentalidad para revestirnos de Él. Ser discípulos suyos exige un “renacer” (cf. Jn 3, 16), y, si nacer conlleva esfuerzo y sufrimiento, el renacer también.

El discípulo de Jesucristo va adquiriendo una mentalidad radicalmente nueva de las cosas y acontecimientos, desde la escucha de su Maestro. Va pasando desde nuestro mundo al de Dios; de nuestros horizontes a los de Dios; de luchar por los primeros lugares, a luchar por los últimos. Es darse cuenta de que no estamos aquí para quedarnos y servirnos de este mundo, sino para buscar la eternidad.

Esta nueva visión, este renacer del que Jesús habló a Nicodemo, se obtiene sólo desde nuestro **encuentro personal con Cristo** (cf. Jn 8, 12). Quien entra de verdad en ese encuentro se verá inundado como San Pablo, por su luz y aprenderá a razonar de otro modo diferente al del mundo. Irá entregándose sin reservas a la causa del amor ya para siempre. Quien no se decide, en cambio, a seguir este camino y la luz del evangelio con todas sus consecuencias, incluida la cruz, es que probablemente aún no se haya encontrado con Cristo en su corazón (cf. Jn 8, 12).

Este es el encuentro que transforma nuestra existencia nos permite lograr un **misterioso parentesco con Cristo mismo y los hermanos**, para vivir de corazón la verdadera dimensión del amor cristiano. Este parentesco no es ya natural, sino sobrenatural (cf. Jn 1, 12).

Discípulo es, por tanto, quien está dispuesto a entregar su vida por su Maestro y por sus amigos (cf. Jn 15, 13). La propuesta que Jesús nos hace es muy clara: Sígueme, si me amas, y prepárate para dar tu vida.

b) Modelo de discípulo: Jesucristo

Los llamados a seguir a Jesús y a colaborar con Él, en la obra que Dios Padre le encomendó, deberemos **contemplantarlo e imitarlo de continuo**, asistidos por el Espíritu Santo, hasta conseguir lo que dijo San Pablo: Que sea Cristo el que realmente vive en nosotros. “*No soy yo, es Cristo quien vive en mí*”. Sólo de este modo seremos válidos y eficaces instrumentos del Señor para evangelizar a otros. El primer deseo del verdadero discípulo será no anteponer nada al amor personal por Cristo y por los pobres, en los que Él habita.

En el seguimiento de Cristo, el **discípulo tampoco sabe de barreras y límites en el amor**: ama a los más cercanos, a los hermanos de su comunidad sin distinciones y ama a toda la Iglesia. Por la caridad, que es vínculo de perfección (cf. Col 3, 14), el discípulo da testimonio de haber pasado de la muerte a la vida de la gracia de Cristo. Ha experimentado el amor que Dios le tiene (cf. 1 Jn 4, 16), que nos amó primero y nos envió a su Hijo para nuestra salvación, y desde esa experiencia, encontrará la fuerza necesaria y el verdadero sentido a lo que significa amarnos y amar a los demás (1 Jn 1, 10-12).

El discípulo, en su seguimiento de Cristo, **imita también el amor y la vida trinitaria**, a semejanza de la cual hemos sido creados. Por este camino, el discípulo realiza y construye la unidad deseada por Jesucristo: *“Como Tú, Padre, estás en mí y yo en Ti, que todos ellos sean uno en nosotros para que el mundo crea que Tú me enviaste.”* (Jn 17, 21).

c) Comunión de los discípulos en las mismas mesas

- **Mesa de la Palabra**

En los libros sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos (cf. DV, 21).

Cuando abrimos los escritos de la Sagrada Biblia, no leemos unos libros caídos del cielo, como maná. El cristianismo es una religión en cuyo entorno está la Palabra de Dios, Encarnada en Jesucristo, no en un libro.

La Biblia, Palabra de Dios escrita para siempre, es la **revelación imperecedera de su amor**. Revela y comunica la condescendencia de Dios y su misericordia en favor de la casa de Israel y de la Iglesia.

Dios habla y nosotros oímos, acogemos su Palabra. Un cristiano, el discípulo de Cristo, es un oyente de la Palabra (cf. Sant 1, 22). Vive y crece en la medida en que deja espacio en su interior a esa Palabra viva y eficaz siempre.

Es de la Palabra de donde **brotó la conversión** que nos hace pasar desde la autosuficiencia personal a la dependencia gozosa y amorosa de Dios. Nos vaciamos de egoísmos y pobrezas, para llenarnos de Cristo y del amor sincero a los hermanos.

De la Palabra **brotó la comunión** desde la presencia del Espíritu. La letra, si no está vivificada por el Espíritu, mata. Es preciso leer la Palabra en comunión con la Iglesia. Es la Iglesia quien nos ofrece el don de la Escritura. La Iglesia es madre que nos nutre y

nos ofrece de continuo su mejor regalo: la Palabra de Dios, Cristo vivo, nuestra verdadera fuente de comunión.

Escribía Su Santidad Benedicto XVI, al poco tiempo de iniciar su Pontificado, que *“la centralidad de la Palabra de Dios, desempeña un papel fundamental en la vida de la Iglesia: la Iglesia vive de la Palabra de Dios, la escucha, la celebra, la pone en práctica. La fidelidad a la Palabra es fuente y criterio de autenticidad de la comunidad cristiana.”*²

En la Homilía del pasado día 5 de octubre, con ocasión de la apertura del recién clausurado Sínodo de los Obispos “sobre la Palabra”, dijo también que *“cuando Dios habla, siempre exige una respuesta; su acción de salvación exige la cooperación humana; su amor espera ser correspondido... Sólo la Palabra de Dios puede cambiar profundamente el corazón del hombre, por eso es importante que entremos en una intimidad cada vez mayor con ella, tanto cada uno de los creyentes como las comunidades.”*³

Invito al numeroso grupo de fieles diocesanos asociados en Cofradías, Hermandades y Grupos parroquiales, a la lectura del **Discurso de clausura** del reciente Sínodo de los Obispos, celebrado durante los días pasados en Roma.

- Mesa de la Eucaristía

La Eucaristía edifica a la Iglesia, crea comunión y educa a la comunión. Lleva a la perfección la comunión de los discípulos de Cristo en su comunidad y con toda la Iglesia.

Estos son los planteamientos fundamentales que podemos ver en la Encíclica que escribió Juan Pablo II bajo el título *Ecclesia de Eucaristía*.

En ese mismo documento el tan querido y recordado Pontífice señalaba que para promover esta comunión, uno de los motores más importantes es la **Misa dominical**. A este tema dedicó también su Carta Apostólica *Dies Domini* (cf. nn. 31-51) y, más adelante, en su nueva carta *Novo millennio ineunte*, insiste en el mismo planteamiento: que la Eucaristía dominical *“crea comunión y unidad”* (cf. n. 36).

Recordemos que en el Plan Pastoral diocesano, uno de los objetivos específicos del mismo es trabajar y esforzarnos para que **la Eucaristía dominical sea fuente y centro de la vida parroquial**. Procuraré animarles, en otra ocasión, a la vivencia personal y comunitaria del Día del Señor, el Domingo, día de Fiesta y de Comunión en torno a la Mesa eucarística.

Únicamente recordarles las profundas palabras del Pontífice actual, Benedicto XVI, al referirse a la Eucaristía en la Encíclica *Deus caritas est*: La sabiduría divina, el «logos», se

² L'Osservatore Romano LXLV, 261 (2005) 5.

³ Homilía de Benedicto XVI en la Basílica de S. Pablo Extramuros, Zenit, 3.

hizo para nosotros verdadera comida durante la última Cena. La mística que encierra este sacramento de la Eucaristía, *“que se basa en el abajamiento de Dios hacia nosotros, tiene la dimensión de llevarnos más alto que cualquier elevación mística que el hombre pueda alcanzar”* (cf. n. 13), pero, al mismo tiempo, esta mística tiene también un carácter social *“porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor con todos los demás que comulgan... la unión con Cristo es, al mismo tiempo, unión con todos los demás a los que Él se entrega.”* (cf. n. 14)

Amigos Cofrades, hermanos y hermanas:

En medio de una sociedad antropocéntrica en la que casi todo gira en torno al ser humano, donde todo cambia vertiginosamente y en la que las comunicaciones han transformado, sin apenas darnos cuenta, la realidad mundial, **sigue sonando la propuesta siempre nueva del Evangelio de Jesucristo.**

Es cierto que, como en sus inicios y recorrido de siglos, la Buena Noticia sigue hablándonos desde la sencillez y humildad, desde la vulnerabilidad y el escándalo de la cruz, pero su voz es firme, siempre nueva, y la semilla, aunque diminuta, es vigorosa.

Cada día que amanece un incontable número de discípulos de Jesucristo, en todos los continentes y en situaciones humanas muy distintas, se empeñan en vivir y testificar que Dios es amor y que ama a la humanidad sin límites. Por ellos continúa resonando aquella voz y mensajes que escucharon y acogieron las gentes sencillas de su tiempo.

Desde aquella primera Comunidad que recibió la fuerza de lo alto en Pentecostés, presidida por la Madre de Jesús, el Evangelio crece bajo la fuerza del mismo Espíritu. Hoy y aquí somos nosotros, tu y yo, en comunidad, los invitados para hacer nuestro mensaje de Jesús: **“Id por todo el mundo y predicad mi evangelio”** (Mc, 16, 15). Todos somos piedras vivas en el Cuerpo, de la Iglesia, que sigue en crecimiento. somos enviados por Cristo como apóstoles a predicar.

Rememos, en comunión, mar adentro, y como el Apóstol de San Pablo, anunciemos la Buena Nueva del Evangelio de Jesucristo en nuestra Iglesia de Jaén.

Que la Virgen Santísima, nuestra Madre, la Virgen de la Cabeza y San Eufrasio, intercedan para ello ante Dios y nos asistan.

Les saluda y bendice.

**✠RAMÓN DEL HOYO LÓPEZ
OBISPO DE JAÉN**